

CRISIS, CONFLICTOS E INESTABILIDAD REGIONAL EN MEDIO ORIENTE

CRISIS, CONFLICTS AND REGIONAL INSTABILITY IN THE MIDDLE EAST

ENRIQUE BALTAR RODRÍGUEZ
Universidad de Quintana Roo, México
enbaltar@uqroo.edu.mx

RESUMEN:

Los acontecimientos de las últimas dos décadas han reforzado la imagen del Medio Oriente como una zona altamente volátil e inestable. La evolución regional después de los atentados terroristas del 11/09 parece haber seguido el curso de una parábola del caos, en donde el punto de llegada describe un escenario más complejo y convulso que el existente al momento de partida. A los viejos conflictos regionales no resueltos, como los de Palestina y Afganistán, se sumaron nuevos escenarios de crisis en Irak, Siria, Yemen y Libia, los cuales han conmovido sensiblemente el contexto regional, generando tragedias humanitarias de enormes proporciones, con altos costos en vidas civiles, violaciones generalizadas de los derechos humanos y flujos multitudinarios de refugiados y desplazados internos, situación que ha reafirmado con mucho al Medio Oriente como el principal centro expulsor de personas a causa de los conflictos armados.

Palabras clave:

Medio Oriente, conflictos regionales, inestabilidad, conflictos armados, migraciones.

ABSTRACT:

The events of the past two decades have reinforced the image of the Middle East as a highly volatile and unstable area. The regional evolution after the terrorist attacks of 9/11 seems to have followed the course of a parable of chaos, where

the point of arrival describes a more complex and convulsive scenario than the one that existed at the time of departure. The old unresolved regional conflicts, such as those in Palestine and Afghanistan, were joined by new crisis scenarios in Iraq, Syria, Yemen and Libya, which have significantly shocked the regional context, generating humanitarian tragedies of enormous proportions, with high costs in civilian lives, widespread human rights violations and massive flows of refugees and internally displaced persons, a situation that has greatly reaffirmed the Middle East as the main expulsion center for people due to armed conflicts.

Keywords:

Middle East, Regional Conflicts, Instability, Armed conflicts, migrations.

Los acontecimientos de las últimas dos décadas han reforzado la imagen del Medio Oriente como una zona altamente volátil e inestable. La evolución regional después de los atentados terroristas del 11/09 parece haber seguido el curso de una parábola del caos, en donde el punto de llegada describe un escenario más complejo y convulso que el existente al momento de partida. A los viejos conflictos regionales no resueltos, como los de Palestina y Afganistán, se sumaron nuevos escenarios de crisis en Irak, Siria, Yemen y Libia, los cuales han conmocionado sensiblemente el contexto regional, generando tragedias humanitarias de enormes proporciones, con altos costos en vidas civiles, violaciones generalizadas de los derechos humanos y flujos multitudinarios de refugiados y desplazados internos, situación que ha reafirmado con mucho al Medio Oriente como el principal centro expulsor de personas a causa de los conflictos armados.

A pesar de los cuantiosos recursos destinados a la guerra contra el terrorismo desde 2001, y de las intenciones concomitantes de promover la democratización en la región, el panorama político del Medio Oriente continúa seriamente ensombrecido por la espiral de violencia generada a consecuencia de las acciones combinadas de los actores geopolíticos, los grupos yihadistas, el sectarismo etno-religioso, y los gobiernos autoritarios con una persistente capacidad de renovación. Al-Qaeda, símbolo paradigmático del extremismo violento, no sólo pudo sobrevivir al embate de una imponente cruzada militar, sino que ha logrado mantener una presencia significativa en todos los escenarios regionales de conflicto y extender su influencia a otras zonas de Asia Sur y África Subsahariana. Peor aún, el repunte del islamismo radical provocó un fenómeno bicéfalo con la aparición de Estado Islámico (ISI) como una nueva amenaza regional y contrincante doctrinal de Al-Qaeda por el liderazgo yihadista a escala regional y global.

El grave deterioro de la seguridad contrasta, sin embargo, con la importancia estratégica que sigue teniendo Medio Oriente para el funcionamiento de la economía global. En 2018 el consumo mundial de energía creció un 2.9%, el nivel más alto desde 2010.¹ Las economías de China, Estados Unidos e India concentraron más de las dos terceras partes de ese incremento. El peso del petróleo y el gas natural en la

¹ BP Statistical Review of World Energy, 2019, p. 2. Consulta en: <https://www.bp.com/content/dam/bp/business-sites/en/global/corporate/pdfs/energy-economics/statistical-review/bp-stats-review-2019-full-report.pdf>

producción de energía representó el 33.6% y el 23.9%, respectivamente, lo que significa que más de la mitad del consumo actual de energía se deriva de la producción de esos dos combustibles primarios.² El Medio Oriente contribuyó en 2018 con el 33.5% de la producción mundial de petróleo y el 17.8 % de la del gas natural. Si incluyéramos a los países árabes del norte de África, la participación total fue de 37% y 22% en cada caso.³

Además de ser la principal productora, y debido a su bajo consumo energético de apenas 9% del total mundial, la región también es la mayor exportadora de hidrocarburos, con más del 35% de los flujos globales. Aun con el creciente uso de oleoductos, más de la mitad del comercio mundial de hidrocarburos sigue realizándose por vía marítima y en la región están enclavados cuatro de los siete estratégicos *chokepoints* (estrecho de Ormuz, canal de Suez y oleoducto Sumed, estrecho de Mandeb o Bab el-Mandeb, y los estrechos turcos) por donde circulan diariamente más de 30 millones de barriles de petróleo con destino a diversas partes del mundo,⁴ sobre todo hacia las economías del Este de Asia, en particular China y Japón.

Más importante aún es la potencialidad del Medio Oriente para sostener a futuro su función como principal motor energético de la economía mundial. Actualmente, la región del golfo Árabe-Pérsico posee el 48.3% de las reservas mundiales probadas de petróleo y el 38.4 % de las reservas de gas natural, participación que sube a 52% y 42.4% con la inclusión de los países árabes norafricanos (BP Statistical of World Energy, 2019: 14, 30).⁵ Casi el 72% del monto regional —equivalente al 34.7% de las reservas mundiales— están concentradas en Arabia Saudita (17.2%), Irán (9.0%) e Irak (8.5%), tres países que han rivalizado por el liderazgo regional durante las últimas cuatro décadas.

En virtud de esa importancia estratégica, el Medio Oriente ha sido escenario de una fuerte presencia militar de los Estados Unidos desde finales del siglo pasado, primero a raíz de la guerra del Golfo de 1990-1991, y después como resultado de la agresión a Irak en 2003. Todavía en 2018, el Comando Central de los Estados Unidos (CENTCOM), encargado de cubrir la seguridad en un espacio geográfico (territorial y marítimo) que abarca 20 países del Medio Oriente y Asia centro-meridional, tenía desplegados más de 50,000 soldados en 27 bases e instalaciones militares distribuidas en 12 países enclavados en el entorno de la península arábiga.⁶

Ese contraste entre su alto valor estratégico y el creciente deterioro de la seguridad encierra una aparente contradicción que amerita un ejercicio explicativo

² *Ibid.*, p. 2.

³ *Ibid.*, pp. 16, 33.

⁴ U.S. Energy Information Administration (EIA), *World Oil Transit Chokepoints*, julio 25 de 2017. Consulta en: https://www.eia.gov/beta/international/analysis_includes/special_topics/World_Oil_Transit_Chokepoints/wotc.pdf

⁵ BP Statistical of World Energy, 2019, pp. 14, 30.

⁶ WALLIN, M., *U.S. Military Bases and Facilities in the Middle East*. Washington: American Security Project, junio de 2018. Consulta en: <https://www.americansecurityproject.org/wp-content/uploads/2018/06/Ref-0213-US-Military-Bases-and-Facilities-Middle-East.pdf>

para tratar de identificar cuáles han sido las fuentes promotoras de la erosión del orden regional en las últimas dos décadas. Con ese propósito, a continuación abordaré algunos factores que, sin pretensiones limitativas, considero esenciales para entender las causas del caos geopolítico en que parece inmerso el Medio Oriente en los albores del presente siglo.

EFFECTO PERTURBADOR DE LAS INTERVENCIONES MILITARES Y DE LOS PROCESOS DEMOCRATIZADORES

Las campañas militares lideradas por Estados Unidos en Afganistán (2001) e Irak (2003) pusieron de manifiesto la inviabilidad del uso de la fuerza como instrumento efectivo de remodelación política.⁷ En ambos casos, la enorme disimetría militar facilitó el rápido derrocamiento del orden autoritario existente y la imposición de una hoja de ruta para impulsar la transición democrática sobre bases procedimentales: establecimiento de una autoridad de transición, elaboración de una Constitución, creación del marco legal para los partidos políticos, celebración de elecciones libres y democráticas, etcétera.

Sin embargo, ese ejercicio de *nation-building* fracasó estrepitosamente al menos en tres aspectos importantes y vinculados entre sí. Primero, las transiciones así impuestas allanaron poco el camino hacia la gobernabilidad y la estabilidad política, porque fueron percibidas como implantaciones foráneas y tuvieron que enfrentar el doble embate de los intereses tradicionales, amenazados por los cambios, y de las nuevas fuerzas liberadas tras el descalabro del viejo régimen. En consecuencia, la vulnerabilidad de la transición democrática en ambos países muy pronto quedó al desnudo ante los efectos de la violencia armada, los sectarismos de diverso signo y la corrupción de las nuevas élites gubernamentales, mostrando una clara incapacidad para ejercer un control efectivo sobre el territorio nacional y sostenerse por sí mismos sin la presencia militar extranjera.

Segundo, el formidable despliegue militar de los Estados Unidos también perdió muy pronto su valor disuasivo inicial al verse impelido a librar largas y costosas campañas de pacificación, sobre todo en Irak. La superioridad militar resultó un recurso incontestable para derrocar regímenes indeseables, pero poco efectivo para neutralizar a los grupos insurgentes en un enfrentamiento asimétrico. En vez de convertirse en ejemplos de la remodelación democrática regional, Afganistán e Irak se transformaron en escenarios de conflicto y en símbolos de la lucha contra la hegemonía estadounidense, estimulando sobre todo la movilización de las fuerzas islamistas a escala regional. El fracaso del efecto disuasivo coadyuvó también a configurar un contexto geopolítico un tanto diferente al esperado inicialmente por la Casa Blanca, en el que países como Irán y Siria quedarían aislados y bajo la presión de la gran fuerza militar desplegada en Irak. En cambio, el empantanamiento militar en Irak no sólo impidió tratar de meter al redil a Irán y Siria, sino también les proporcionó la oportunidad de ejercer presión e influencia

⁷ GORDON, P. H.; DORAN, M. y ALTERMAN, J. B. The Trump Administration's Middle East Policy: A Mid-Term Assessment. *Middle East Policy*, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, p. 6.

sobre el escenario iraquí a través de sus fronteras. De tal suerte que el potencial de daños colaterales y consecuencias no deseadas determinaron que las intervenciones militares generaran más amenazas a la seguridad que las que originariamente estaban destinadas a neutralizar.⁸

Tercero, la prolongada ocupación militar terminó desacreditando los ideales democráticos que suponía defender, lo que paradójicamente contribuyó al posicionamiento, incluso en la percepción social, de las fuerzas más abiertamente opuestas a los intereses de Estados Unidos y alejadas de su ideal democrático. Las iniciativas para promover la democracia en la región, lanzadas por la administración Bush a partir de 2002, ejercieron presión sobre muchos regímenes para que emprendieran reformas políticas cosméticas y celebraran elecciones.⁹ En los tres años que siguieron a la invasión de Irak se realizaron procesos electorales en varios países de la región y la mayoría reflejaron la misma tendencia al empoderamiento de las agrupaciones islamistas.¹⁰

En las elecciones legislativas y provinciales de Pakistán, celebradas a finales de 2003, la coalición islamista Muttahida Mahaz-e-Amal (MMA) logró un éxito inesperado que la convirtió en la segunda fuerza política en la Asamblea Nacional y le permitió conseguir los gobiernos provinciales en Beluchistán y la Frontera Noroeste, con lo que todo el territorio fronterizo con Afganistán quedó controlado por una corriente islamista radical partidaria de la sharía (ley islámica), el apoyo al talibán y la yihad en Cachemira. En las elecciones legislativas (2004) y presidenciales (2005) en Irán, la línea más dura y conservadora de la revolución islámica se impuso sobre la corriente reformista que había prevalecido en los últimos años, permitiendo la llegada al poder de Mahmud Ahmadineyad, decidido partidario del programa nuclear y con una actitud desafiante hacia Estados Unidos, Israel y las monarquías árabes del golfo. En el propio Irak, la Asamblea Constituyente elegida en enero de 2005 para asumir la redacción de la nueva Constitución del país, quedó dominada por la Alianza Unida Iraquí, una coalición de agrupaciones chiíes de orientación religiosa y proiraní. En el Líbano, la alianza antisiria obtuvo la mayor cantidad de escaños en las elecciones legislativas de 2005, pero Hezbolá consiguió la totalidad de los asientos proporcionados por los territorios bajo su influencia. El último caso que vale mencionar es el de Hamás, que por primera y única vez participó en enero de 2006 en las elecciones para el Consejo Legislativo Palestino, consiguiendo una sorprendente y arrolladora victoria sobre Al Fatah, la organización hasta entonces políticamente dominante en los territorios ocupados por Israel.

Las intervenciones militares y las presiones democratizadoras que acompañaron la estrategia de guerra contra el terrorismo dejaron un saldo perturbador en

⁸ JETT, D., U.S. Security Assistance in the Middle East: Helping Friends or Creating Enemies? *Middle East Policy*, vol. 18, no. 1, primavera de 2011, p. 82.

⁹ BATTALOGU, C., y FARASIM, F. (2017). From Democratization to Securitization: Post-Arab Spring Political Order in the Middle East. *Digest of Middle East Studies*, vol. 26, no. 2, otoño de 2017, pp. 304 y 305.

¹⁰ FREEMAN, C. W., The Collapse of Order in the Middle East. *Middle East Policy*, vol. 21, no. 4, invierno de 2014, p. 62.

la medida que subvirtieron de varias maneras los viejos equilibrios del orden regional, pero sin lograr los efectos regeneradores necesarios para asegurar la estabilidad sobre nuevas bases.¹¹ La brecha resultante contribuyó a la creciente polarización de la arena política y a potenciar los niveles de conflictividad debido a la disputa por los espacios de poder. Ese efecto perturbador provocado por el desequilibrio entre destrucción y regeneración se puso nuevamente de manifiesto en la coyuntura creada por los movimientos de protesta de la llamada Primavera Árabe en 2011.

En sus inicios, la resonancia regional de las protestas generó la ilusión de estar en presencia de una cuarta ola que pondría al Medio Oriente en la cresta de la democratización y barrería los añejos regímenes autoritarios.¹² Los problemas estructurales, el desempleo, las desigualdades sociales y la corrupción, alimentaron las aspiraciones de cambios políticos en la mayoría de los países de la región. Sin embargo, aparte de la caída de algunos connotados dictadores, la confrontación política dejó un saldo bastante desfavorable para la consolidación de una estabilidad sobre bases más democráticas. En países como Libia, Siria y Yemen, las protestas populares desembocaron en largas y cruentas guerras civiles sin que hasta el presente se vislumbre una posibilidad de solución política viable. En otros casos, las bases de poder de esos regímenes autocráticos mostraron una fuerte capacidad de resistencia, no solo para sobrevivir en un contexto de riesgo, sino también para reinventarse en una versión más represiva de autoritarismo.¹³

Los sangrientos conflictos en Libia, Siria y Yemen, agravados por la injerencia geopolítica de actores externos (globales y regionales) contribuyeron a que el ideal democrático volviera a resultar el gran perdedor de la contienda a escala regional. La sociedad civil, que había sido la gran activista del cambio en diversos países, inhibió su aspiración reformista por miedo a la inseguridad, a la vez que las élites gobernantes pudieron justificar las acciones represivas de un renovado autoritarismo.¹⁴ Paradójicamente, el reflujo del movimiento democratizador coadyuvó indirectamente a la polarización del panorama político, ya que desde entonces el mayor desafío al *statu quo* no provino del activismo pacífico de la sociedad civil, sino de las fuerzas antisistema más radicales, acrecentándose la espiral de violencia en la mayoría de los países del Medio Oriente. En consecuencia, las consideraciones sobre la seguridad pasaron a ser el principal problema en las percepciones de la sociedad, los gobernantes y la comunidad internacional.

Lucha por la hegemonía regional: carrera armamentista y cambios en la correlación de fuerzas

Durante las últimas tres décadas, la configuración geopolítica del Medio Oriente sufrió reacomodos importantes como resultado de factores externos y la

¹¹ GORDON, P. H., DORAN, M., y ALTERMAN, J. B., *op. cit.*, p. 5.

¹² ABUSHOUK, A. I., The Arab Spring: A Fourth Wave of Democratization? *Digest of Middle East Studies*, vol. 25, no. 1, primavera de 2016, pp. 52-69. Consulta en: <https://doi.org/10.1111/dome.12080>

¹³ BATTALOGU, C., y FARASIM, F. (2017). From Democratization to Securitization: Post-Arab Spring Political Order in the Middle East. *Digest of Middle East Studies*, vol. 26, no. 2, otoño de 2017, p. 305.

¹⁴ *Ibid.*, p. 313.

preeminencia conferida a las cuestiones de seguridad y defensa por muchos actores regionales. La guerra del Golfo, la agresión a Irak y los escenarios de crisis derivados de los fallidos procesos de democratización, entre los eventos más destacables, contribuyeron a una pronunciada militarización de la zona, reflejo de la creciente importancia del ámbito de la seguridad en la política regional. En consecuencia, desde principio de los noventa, junto con la presencia militar de Estados Unidos y en cierta asociación con ella, varios países de la región —especialmente las pudientes monarquías del golfo— emprendieron una carrera armamentista para fortalecer sus capacidades militares ante la crisis del panarabismo y la inviabilidad de un sistema regional de seguridad colectiva. Desde entonces, el incremento sostenido de los gastos militares puso a Medio Oriente a la cabeza de las regiones que más recursos invierten en armamentos. En 2016 los gastos militares de la región representaron en promedio el 6 % del PIB, tres veces más que África, que ocupó el segundo lugar de la lista.

Tabla 1. Gastos militares de países del Medio Oriente (en millones USD y en % del PIB)

Países	1990		2000		2010		2018	
	Monto	% PIB	Monto	% PIB	Monto	% PIB	Monto	% PIB
A. Saudita	16,355	14.0	19,964	10.5	45,245	8.6	67,555	8.8
EAU	ND	ND	5,876	8.3	17,505	6.0	22,755*	5.6*
Omán	1,448	12.4	1,577	8.1	3,671	6.3	6,710	8.2
Kuwait	8,962	48.5	2,697	7.2	4,335	3.75	7,296	5.1
Qatar	791	10.7	ND	ND	1,877	1.5	ND	ND
Baréin	239	5.3	359	4.1	843	3.3	1,397	3.6
Jordania	322	7.8	529	6.3	1,558	5.9	1,958	4.7
Irak	ND	ND	ND	ND	3,753	2.7	6,318	2.7
Egipto	2,261	3.5	2,628	2.6	4,407	2.0	3,110	1.3
Siria	1,642	6.9	897	5.5	2,346	4.1	ND	ND
Líbano	214	7.6	958	5.4	1,585	4.1	2,776	5.0
Irán	16,474	2.9	8,327	2.3	13,561	2.9	13,194	2.7
Israel	7,376	14.0	9,408	7.1	14,605	6.3	15,947	4.4
Turquía	5,315	3.5	9,994	3.7	17,939	2.3	18,967	2.5
Yemen	807	6.6	473.7	4.9	1,448	4.7	1,715*	4.0*
Mundo	699,872	3.3	729,523	2.2	1.62**	2.5	1.74**	2.1

Fuente: Elaboración propia con información del Banco Mundial.

*Cifras de 2014, último año disponible en la serie estadística.

**Billones de dólares.

Como puede apreciarse en la Tabla 1, en las últimas tres décadas la inmensa mayoría de los países del Medio Oriente dedicaron al sector militar un porcentaje del PIB por encima de la media mundial. En lo que respecta a las monarquías del golfo, la diferencia tendencial es extraordinariamente significativa, especialmente en el caso de Arabia Saudita. Al cierre de la década de los 90, el gasto

militar del reino saudí era ya en términos brutos el mayor de la región, con 19,964 millones de dólares; sin embargo, en los años siguientes el monto del gasto militar continuó creciendo vertiginosamente hasta triplicarse en 2018, resultado que convirtió a Arabia Saudita en el tercer país con el mayor gasto militar, después de Estados Unidos y China, y en el principal comprador de armas del mundo al acaparar el 12% del monto global de las importaciones.¹⁵

El resto de las monarquías del golfo, aunque en un grado menor, también siguió la misma tendencia ascendente en sus gastos militares. Como se aprecia en la Tabla 1, en 2018 Kuwait y Omán destinaron cada uno al sector militar más dinero que Irak y más del doble que Egipto, las dos viejas potencias militares del mundo árabe durante la Guerra Fría. En los casos de Qatar y Emiratos Árabes Unidos (EAU) la tendencia se supone aún mayor, aunque la comparación resulta difícil por la no disponibilidad de datos recientes. El gobierno de Qatar, reacio a transparentar sus gastos militares, dejó de informar a los organismos internacionales desde 2011 y EAU adoptó la misma postura después de 2014.¹⁶ No obstante, la suposición parece bastante consistente si tomamos de referencia el dato más reciente referido a EAU y lo comparamos con la columna de gastos en 2018. En ese sentido, el último gasto militar reportado por el pequeño país del Golfo representó un tercio del de Arabia Saudita en 2018 (tercero más grande del mundo), y fue ampliamente mayor que el de Turquía, Israel e Irán, y más de siete veces el de Egipto.

El indicador del gasto per cápita hace más ostensible la nueva realidad que ha venido caracterizando el escenario militar del Medio Oriente en los inicios del siglo XXI. Como muestra la Tabla 2, en 2018 el gasto militar per cápita de Arabia Saudita fue de 2,005 dólares por habitante, casi 10 veces el promedio del gasto mundial. De acuerdo con el último dato de 2014, el de EAU podría incluso ser superior al saudí y rondar los 2,362 dólares por habitante. El gasto per cápita de Kuwait casi octuplicó la media mundial y el de Omán fue seis veces mayor. Incluso el gasto del diminuto Baréin estuvo cerca de cuadruplicar el promedio global. En contraste, el gasto militar per cápita del resto de los países árabes fue muy inferior y, con la excepción de Líbano, estuvo incluso por debajo de la media mundial. Estos datos ayudan a entender la nueva dinámica en la lucha por la hegemonía regional, caracterizada por el ocaso de los viejos liderazgos árabes (Egipto, Irak, Libia, Siria) y el creciente papel de las monarquías del golfo encabezadas por Arabia Saudita. La preocupación por la seguridad nacional después de la agresión iraquí a Kuwait y el interés de Estados Unidos por convertir a las ricas monarquías petroleras en clientes preferentes de su complejo militar industrial, se

¹⁵ SIPRI. SIPRI Yearbook 2019. Armaments, Disarmament and International Security, p. 9. Consulta en: https://www.sipri.org/sites/default/files/2019-06/yb19_summary_eng_1.pdf

¹⁶ La falta de transparencia en los gastos militares hace muy difícil conocer con exactitud las cifras reales dedicadas al sector, tanto por la ausencia de reportes como por la tendencia de los países a maquillar las cifras oficiales para ocultar la verdadera magnitud del gasto. Este problema está muy marcado en Medio Oriente, pero no es exclusivo de la región. Por el contrario, parece una tendencia preocupante que ha venido creciendo a nivel global. En el último informe anual del Instituto de Investigación para la Paz Internacional de Estocolmo (SIPRI) se advierte sobre este grave problema al destacar que en 2018 solo 36 de los 193 miembros de la ONU reportaron sus gastos militares al organismo internacional (SIPRI, *op. cit.*, p. 7).

combinaron para que los otrora débiles países del golfo entraran en un fuerte proceso de fortalecimiento y modernización de sus fuerzas armadas. Como resultado, el nuevo potencial militar vino a complementar su ya importante influencia económica e ideológica, ofreciéndoles mayores capacidades y posibilidades para intervenir activamente en la geopolítica y los escenarios de conflicto en la región.

Tabla 2. Gasto militar per cápita (2018)

País	Población (millones)	Total (millones usd)	Per cápita (usd)
A. Saudita	33.70	67,555	2,005
EAU	9.63	ND	ND
Omán	4.82	6,710	1,392
Kuwait	4.13	7,296	1,767
Qatar	2.78	ND	ND
Baréin	1.57	1,397	890
Jordania	9.95	1,958	197
Irak	38.43	6,318	164
Egipto	98.42	3,110	32
Siria	16.90	ND	ND
Líbano	6.48	2,776	428
Irán	81.80	13,194	161
Israel	8.88	15,947	1,796
Turquía	82.31	18,967	230
Yemen	28.49	1,715*	60
Mundo	7,594.27	1.74**	229

Fuente: Elaboración propia con información del Banco Mundial.

*Cifra de 2014, último año disponible en la serie estadística.

**Billones de dólares.

El único país del entorno con un gasto militar per cápita a la altura de las monarquías del golfo es Israel, sin duda la gran potencia militar de la región y para quien la seguridad nacional ha sido la principal prioridad desde su creación en 1948. A diferencia de sus vecinos árabes, Israel cuenta con arsenales nucleares y una moderna industria bélica que le ha permitido ubicarse actualmente en el octavo lugar mundial de los exportadores de armamento.¹⁷ Otro caso que conviene matizar es el de Irán, debido a que los discretos indicadores del gasto militar no reflejan los esfuerzos del gobierno de Teherán por desarrollar una producción nacional de armamentos. Mientras que las monarquías del golfo son fuertes importadoras de tecnología militar, sobre todo estadounidense, el prolongado aislamiento internacional y las sanciones impuestas a la revolución islámica obligaron a Irán a buscar alternativas más autóctonas.

¹⁷ Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), SIPRI Yearbook 2018. Armaments, Disarmament and International Security, p. 8. Consulta en: https://www.sipri.org/sites/default/files/2018-06/yb_18_summary_en_0.pdf

El símbolo más relevante de ese esfuerzo ha sido el desarrollo de su controvertido programa nuclear, fuente de fuertes tensiones internacionales durante los dos períodos de gobierno de Mahmud Ahmadineyad (2005-2013), y que luego bajaron de tono gracias a las negociaciones que cristalizaron en el acuerdo multilateral de 2015, mediante el cual el programa nuclear iraní quedó sujeto a la supervisión internacional para asegurar su uso con fines exclusivamente pacíficos, a cambio del levantamiento del régimen de sanciones internacionales impuesto al país. Las tensiones se reactivaron con la llegada a la Casa Blanca del presidente Donald Trump y la adopción de una posición de línea dura frente a Irán, que llevó a la salida unilateral de Estados Unidos del acuerdo de 2018 y al regreso a una política de sanciones que, como en el pasado, parece mostrar poca efectividad para lograr el objetivo de obligar al gobierno de Teherán a cambiar su política regional.¹⁸ Pero el tema nuclear, en todo caso, es sólo la punta del iceberg en el desarrollo de una industria militar capaz de construir unidades navales de superficie, submarinos, aviones de combate y, sobre todo, procurarle el mayor y más diversificado arsenal de misiles del Medio Oriente.¹⁹ De acuerdo con el más reciente ranking mundial, las fuerzas armadas de Irán se ubican en el lugar 14 por su potencia de fuego, por delante de Arabia Saudita (25) incluso de Israel (17).²⁰

SECTARISMO, AUTORITARISMO Y GEOPOLÍTICA

Un rasgo distintivo del escenario político en Medio Oriente durante las dos primeras décadas del presente siglo ha sido la importante influencia del sectarismo, tanto en el orden interno como en la geopolítica regional. La explicación de este fenómeno, circunscrito generalmente a la rivalidad sunita-chií, con frecuencia destaca el peso de los factores internacionales, como la invasión a Irak en 2003, que desplazó a la dominante comunidad sunita y allanó el camino al poder a la mayoría chiita, a la vez que contribuyó a incrementar la influencia de Irán a nivel regional; la coyuntura de la Primavera Árabe en 2011, que intensificó las tensiones sectarias en diversos países; y los apoyos externos a los grupos beligerantes en los conflictos armados de Iraq, Libia, Siria y Yemen (Rørbæk, 2019: 24).²¹ Sin embargo, el repunte del sectarismo en la política regional tiene también raíces causales internas, asociadas con las particularidades de las identidades políticas, los instrumentos de movilización social y las estrategias de sobrevivencia de los gobiernos autoritarios.²²

¹⁸ GORDON, P. H.; DORAN, M. y ALTERMAN, J. B., *op. cit.*, p. 7.

¹⁹ BAHGAT, G., Iran's Ballistic-Missile and Space Program: An Assessment. Middle East Policy, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, pp. 31-48.

²⁰ Global Firepower. 2019 Military Strength Ranking. Consulta en: <https://www.globalfirepower.com/countries-listing.asp>

²¹ RØRBÆK, L. Religion, Political Power, and the 'Sectarian Surge': Middle Eastern Identity Politics in Comparative Perspective. Studies in Ethnicity and Nationalism, vol. 19, no. 1, abril de 2019, p. 24.

²² VALBJØRN, M., What's so Sectarian about Sectarian Politics? Identity Politics and Authoritarianism in a New Middle East. Studies in Ethnicity and Nationalism, vol. 19, no. 1, abril de 2019, pp. 127-149.

Un reciente estudio realizado por Rørbæk y basado en el análisis estadístico del Ethnic Power Relations Dataset concluye que el Medio Oriente es la única región del mundo donde la afiliación religiosa (incluida la sectaria) constituye con mucho el marcador de identidad predominante en la determinación de la pertenencia a grupos y que, en comparación con las personas de otras regiones en desarrollo, la población tiene en promedio el doble de probabilidades de pertenecer a grupos de identidad excluidos de la representación política legítima.²³ Esas dos ideas resultan claves para entender el contexto doméstico que ha propiciado la propagación del sectarismo como bandera de movilización social, y como estrategia de los regímenes autoritarios para fortalecer sus bases sociales de apoyo y frustrar con políticas divisorias las aspiraciones de cambio provenientes de actores políticos con una orientación democrática y nacional.

Aunque las desigualdades sectarias en muchos países del Medio Oriente tienen una larga historia, en las últimas dos décadas, y más aún después de la Primavera Árabe, la “sectarización” de la política pública ha tenido un claro recrudescimiento debido al interés de sobrevivencia de las élites políticas dominantes. La orientación sectaria se reforzó en instituciones claves para la preservación del poder, como el ejército y los servicios de inteligencia,²⁴ así como también en las instituciones de representación política, como los parlamentos, y en el manejo de los distritos electorales. La inequidad en el acceso a los trabajos del sector público se acrecentó en favor de los miembros de la comunidad políticamente dominante, y lo mismo ocurre con los beneficios de los servicios públicos y la presencia en los medios de difusión. En países como Baréin y Kuwait los gobiernos han recurrido a promover la inmigración para modificar la correlación demográfica entre la población sunita y chií.²⁵ De diversas maneras la narrativa del sectarismo ha sido utilizada por el poder para generar tensiones confesionales entre la población de las dos comunidades, incluyendo el empleo de recursos mediáticos y el patrocinio gubernamental de agrupaciones civiles encargadas de promover la identidad sectaria.

Pero si bien la división sunita-chií constituye su dimensión más sobresaliente, la problemática del sectarismo en Medio Oriente es mucho más amplia e involucra también la politización de otros tipos de identidades grupales. Por ejemplo, en algunos países que responden a la lógica de la rivalidad sunita-chií, la dinámica del sectarismo también puede incluir intereses de terceros, como sucede con los kurdos en Iraq y Siria. Incluso, la política sectaria se ha intensificado en lugares donde no opera esa división. Es el caso de Jordania, con fuertes diferencias entre la relegada población palestino-jordana y una comunidad transjordana beneficiada por la política del régimen; y el de Egipto, en donde el sectarismo se alimenta de dos contradicciones particulares: musulmanes versus cristianos coptos,

²³ RØRBÆK, L., *op. cit.*, p. 23.

²⁴ El caso más extremo es Baréin, donde el 98% del aparato de seguridad es sunita, en un país con mayoría de población chiita. Incluso más del 60% del servicio de inteligencia son sunitas nacionalizados originarios de Pakistán, Jordania, Yemen, Irak y Siria (VALBJØRN, *op. cit.*, p. 138).

²⁵ VALBJØRN, *op. cit.*, p. 139.

e islamistas versus secularistas.²⁶ En ambos casos, los gobiernos se presentan como árbitros entre los grupos y garantes de la estabilidad interna, pero en todas partes la exacerbación del sectarismo ha contribuido dramáticamente a la polarización social y política, generando divisiones y violencia a nivel societal que sirven de justificación a la creciente violencia estatal, expresada en diferentes grados de acuerdo al contexto particular de cada país. La renovación del autoritarismo bajo las sombras del sectarismo no sólo parece haber asegurado así su sobrevivencia, sino que a futuro podría incluso volverse más resistente a las presiones democratizadoras que en el pasado.²⁷

Por otra parte, el sectarismo etnorreligioso representa una dimensión muy importante de la geopolítica regional. Resulta difícil determinar si la geopolítica sectaria es una consecuencia del repunte del sectarismo doméstico o viceversa, pero la interdependencia de ambos parece bastante evidente. Desde finales de los años 70 del siglo pasado, la contradicción entre el wahabismo sunita promovido por la monarquía saudí y el radicalismo chiita de la revolución iraní se convirtió en la principal confrontación ideológica dentro de la región y del mundo islámico en general. Durante el decenio de los 80, Arabia Saudita y otras monarquías del golfo apostaron por la solución militar de esa rivalidad al apoyar al régimen de Saddam Hussein con cuantiosos recursos durante los ocho años de la guerra iranio-iraquí. Pero después de la guerra del Golfo, y en particular en las últimas dos décadas, la confrontación se ha tornado más directa y multifacética, en proporción con el acrecentamiento de las capacidades de ambos actores, incluida la militar, para contender por la hegemonía regional.

La perspectiva sectaria ha delineado un escenario regional dominado por la rivalidad entre dos ejes geopolíticos: uno sunita, liderado por Arabia Saudita e integrado por las otras monarquías del golfo, Egipto y Jordania; y otro chiita, encabezado por Irán y al que se adscribe toda su franja de influencia (el Iraq de mayoría chií, el gobierno alauita de Bashar al-Asad en Siria, Hezbolá en Líbano y, más recientemente, los hutíes en Yemen). Las acciones de esa geopolítica sectaria para retener, modificar o expandir las áreas de influencia constituyen un factor importante del agravamiento de la inestabilidad regional, toda vez que su injerencia atiza la beligerancia en los escenarios de conflicto y obstaculiza la viabilidad de las soluciones políticas, como ha quedado demostrado en las sangrientas e interminables guerras civiles en Siria y Yemen.

No obstante, de la misma manera que el sectarismo se volvió una dimensión del nuevo autoritarismo regional, los alineamientos geopolíticos sobre tales bases también tienen una función instrumentalista que favorece la interacción, contradictoria o concertada, de intereses particulares y divergentes que escapan al molde de la lógica sectaria, por lo que tampoco conviene exagerar su importancia. La crisis relacional entre Arabia Saudita y Qatar resulta un buen ejemplo de este tipo. La creciente independencia de la política exterior qatari con respecto a la línea de Riad, sus vínculos con los Hermanos Musulmanes, la relación militar con Turquía

²⁶ *Ibid.*, p. 142.

²⁷ RØRBÆK, L., *op. cit.*, p. 24.

y una buena vecindad con Irán, desataron una primera tensión diplomática en 2014 y luego una fuerte crisis en 2017, que dividió de facto al Consejo de Cooperación del Golfo. Arabia Saudita, EAU y Baréin rompieron relaciones con Qatar y le impusieron un boicot económico, al cual también se sumaron Egipto y Yemen. En cambio, Kuwait y Omán no sólo permanecieron neutrales, sino que han mantenido relaciones cordiales con Irán.²⁸ A consecuencia del boicot, el gobierno qatari ha estrechado más sus relaciones con Irán y Turquía en los últimos dos años.

Del otro lado, el tradicional apoyo de Irán a Hamás como parte de su política antiisraelí o sus esfuerzos de normalización de relaciones con Egipto durante la presidencia de Mohamed Morsi, islamista de la corriente de los Hermanos Musulmanes, por citar otros dos ejemplos, tampoco encuadran bien dentro de una rígida lógica sectaria. Un último caso que ilustra la complejidad de la geopolítica regional es el tácito acercamiento entre Arabia Saudita e Israel, abiertamente respaldado por la administración de Donald Trump desde su arribo a la Casa Blanca.²⁹ El temor compartido ante la amenaza de Irán, y el interés de concertar esfuerzos para contener su influencia regional, relegaron a un plano secundario las posiciones y desacuerdos con respecto al diferendo palestino-israelí, la causa histórica del mundo árabe.

En los últimos ocho años, la guerra civil en Siria ha sido el principal centro gravitacional de esa complejidad geopolítica. Actores globales y regionales con intereses divergentes han tomado partido en el escenario militar y diplomático, favoreciendo la prolongación del conflicto y complicando las alternativas de solución política ante la imposibilidad de conciliar tantos intereses contrapuestos en una mesa de negociaciones, en aras de encontrar una solución política viable para poner fin a la tragedia que vive el pueblo sirio. La decisión de apoyar a Bashar al-Asad o a la oposición estuvo determinada desde el inicio por las motivaciones particulares de cada uno de los actores foráneos. Rusia e Irán han sido los principales apoyos externos del régimen sirio por razones diferentes. La crisis siria ofreció a Rusia la oportunidad de fortalecer su posición de contrapeso en los asuntos mundiales y de acrecentar su presencia y prestigio en una región controlada por Estados Unidos desde el fin de la Guerra Fría.³⁰ Para Irán, en cambio, el respaldo al régimen alauita, más que un compromiso sectario de cuestionable valía por el carácter secular del gobierno de Bashar al-Asad, representa la defensa de un aliado clave de su política antiisraelí y de su estrategia regional.

A pesar de los esfuerzos de coordinación para consolidar un frente antigubernamental —primero con el Consejo Nacional Sirio y luego a través de la

²⁸ A contrapelo de su firme posición del lado saudí en la crisis con Qatar, EAU ha sido paradójicamente un importante socio comercial de Irán durante la última década. Incluso durante el régimen de sanciones, antes del acuerdo nuclear de 2015, EAU fue el primer proveedor de Irán y el tercer importador de sus productos (MUTHIAH, M., y BERNÁDEZ, S., Estadísticas Comerciales Irán. Oficina Económica y Comercial de la Embajada de España en Teherán, 2014, pp. 3, 5 Consulta en: <http://www3.icex.es/icex/cma/contentTypes/common/records/mostrarDocumento/?doc=4748832>).

²⁹ GORDON, P. H., DORAN, M., y ALTERMAN, J. B., *op. cit.*, p. 15.

³⁰ ALLISON, R., Russia and Syria: explaining alignment with a regime in crisis. *International Affairs*, vol. 89, no. 4, julio de 2013, pp. 795-823.

Coalición Nacional Siria—, las divergencias políticas, militares y religiosas, así como los intereses de los actores foráneos, impidieron la integración efectiva de las fuerzas opositoras. Desde su conformación, Estados Unidos, sus aliados europeos, los países del Consejo de Cooperación del Golfo y de la Liga Árabe, reconocieron a la Coalición Nacional Siria como la representante de la oposición al régimen de Bashar al-Asad, pero en la práctica las posiciones de muchos de ellos han divergido por sus preferencias dentro del abigarrado espectro político de la oposición. Estados Unidos y sus socios europeos inclinaron sus simpatías hacia los sectores más moderados y seculares del Ejército Libre Sirio, que a la postre se convirtieron en la alternativa más débil del escenario militar. Arabia Saudita ha canalizado más su apoyo hacia los grupos armados islamistas de orientación wahabita, que consideran mejores interlocutores para los intereses de Riad, mientras que Qatar privilegió el respaldo a la oposición islamista vinculada con los Hermanos Musulmanes.

Israel y Turquía, dos aliados tradicionales de Estados Unidos en la región, también adoptaron posiciones particulares ante el conflicto sirio. Las principales preocupaciones de Israel han sido mantener la actividad militar de Hezbolá y del ejército sirio lejos de sus fronteras y de la región del Golán, así como evitar un mayor posicionamiento de Irán en el vecino país. Pero frente a la cuestión de un cambio de gobierno en Siria, la política de Tel Aviv se mostró desde el inicio mucho más cauta, dando la impresión de preferir el trato con un régimen débil, conocido y ya disuadido, que enfrentar el riesgo de un cambio incierto y caótico.³¹ Por su parte, la postura de Turquía a lo largo del conflicto ha estado condicionada por su determinación de impedir la autonomía kurda en el norte de Siria y reforzar la defensa de su frontera, factores que la llevaron a iniciar la construcción de un muro de protección en 2015 y a lanzar un operativo militar dentro de territorio sirio en 2016.³² El apoyo de Estados Unidos a las milicias kurdas, como parte de su estrategia para combatir a Estado Islámico, se convirtió en un foco controversial de las relaciones bilaterales, primero con Obama y luego con Trump, que empujó al presidente Erdogan a un creciente acercamiento con Rusia, no sólo en el tema de Siria con su incorporación al proceso de Astaná, sino también en la decisión de adquirir el novedoso sistema de defensa antimisil ruso S-400, que ha generado una fuerte controversia en el seno de la OTAN.

Luego de ocho años de enfrentamientos armados, el régimen de Bashar al-Asad parece dominar el escenario militar. Con el apoyo de Rusia e Irán, las fuerzas gubernamentales controlan actualmente las dos terceras partes del territorio del país. Después del descalabro de los grupos rebeldes en las provincias meridionales de Quneitra y Deraa, en junio de 2018, la caída del último reducto territorial de Estado Islámico en marzo de 2019, y el anuncio del presidente Trump de retirar sus fuerzas de Siria, sólo la norteña provincia de Idlib se mantiene como

³¹ MESA, L. Israel y el conflicto en Siria. De la “ambigüedad estratégica” a los ataques militares puntuales, en CONDE, Gilberto (coord.), *Siria en el torbellino: insurrecciones, guerras y geopolítica*. Ciudad de México, El Colegio de México, 2017, p. 276.

³² OZTIG, L. I. (2019). Syria and Turkey: Border-Security Priorities. *Middle East Policy*, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, p. 122.

el último bastión importante de la resistencia armada. Asimismo, cada vez son más los líderes opositores que han aceptado negociar en los términos del proceso de Astaná patrocinado por Rusia, lo que en la práctica implica renunciar a la exigencia de la salida del poder de Bashar al-Asad como condición primaria para una transición política. Sin embargo, el balance de fuerzas favorable al régimen no significa que la tragedia esté cerca de terminar y que la paz finalmente pueda llegar al sufrido pueblo sirio.

Además del sector de la oposición que mantiene firme su posición de no negociar mientras Bashar al-Asad siga en el poder, y que sigue contando con apoyos externos a pesar de su descenso militar; existen también factores de riesgo que provienen de los actores beligerantes excluidos del escenario político del conflicto. Uno son los kurdos, protagonistas desde 2012 de un proyecto autónomo secular, popular y multiétnico (la Federación Democrática del Norte de Siria o Rojava), que ejerce un control efectivo sobre el noreste del país. A pesar de la gran contribución de las Unidades de Protección Popular (milicias kurdas) a la derrota territorial de ISIS, las presiones de Turquía, interesada en negarle cualquier tipo de reconocimiento internacional, han impedido la participación kurda en los dos canales de negociación política (Ginebra y Astaná). Incluso es posible que la base del reciente entendimiento entre Erdogan y Putin radique en el reconocimiento turco a Bashar al-Asad a cambio del respaldo ruso en la cuestión kurda, lo que unido al desinterés de Estados Unidos tras la derrota de ISIS, configura un escenario bastante adverso para las aspiraciones kurdas. Pero los líderes de Rojava, con arraigo popular y capacidad militar propia, difícilmente aceptarán algo menos que una amplia autonomía kurda dentro de un flexible sistema federal sirio. El otro factor de riesgo proviene de los grupos yihadistas asociados con Al Qaeda y Estado Islámico, cuya presencia es fuerte en Siria y también en otros países del Medio Oriente, situación que los convierte no sólo en un factor perturbador de la paz en Siria, sino también en una amenaza a la seguridad y estabilidad regionales.

INFLUENCIA DEL ISLAMISMO RADICAL Y EXPANSIÓN DE LA CORRIENTE YIHADISTA

A casi 18 años de los atentados del 11/09, el islamismo radical probablemente representa en la actualidad un peligro mayor que en 2001. Los grupos yihadistas se han multiplicado desde entonces y sus acciones violentas se extienden por toda la geografía regional con diversos grados de intensidad. De acuerdo con el *Country Reports on Terrorism 2017*, publicado en septiembre de 2018, de las 61 organizaciones calificadas como terroristas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, 28 (46%) operan en territorios del Medio Oriente y Norte de África, de las cuales 17 (28% del total global y 61% del total regional) se crearon después del año 2000, y 8 de ellas (28.5 % del total regional) aparecieron durante el reflujo de la llamada Primavera Árabe (US Department of State, 2018: 277-279).³³

³³ United States Department of State, *Country Reports on Terrorism 2017*, septiembre de 2018. Consulta en: https://www.state.gov/wp-content/uploads/2019/04/crt_2017.pdf

Paradójicamente, la corriente islamista radical logró sacar partido de dos coyunturas regionales que en principio parecían destinadas a neutralizar su influencia. La primera estuvo relacionada con la guerra contra el terrorismo y la invasión a Irak, debido a los contrasentidos provocados por una opción militar que no pudo asegurar la estabilidad de la transición política y terminó generando amenazas mayores para la seguridad. La presencia militar de Estados Unidos, y los sentimientos antinorteamericanos asociados a ella, proporcionaron al islamismo radical una bandera de combate y un efectivo recurso de movilización social, que posibilitaron la rápida conversión de la resistencia contra la ocupación estadounidense en Irak en un nuevo escenario de la yihad regional, como lo fuera Afganistán durante la época de la intervención soviética.

Al Qaeda, icono de ese extremismo religioso violento, fue forzada a cambiar de estrategia para soportar la presión de la lucha antiterrorista. Con su centro de mando sometido a un gran asedio militar en la frontera afgano-pakistaní, Al Qaeda experimentó una creciente descentralización operativa y comenzó a conciliar sus fines globales con causas particulares y recursos locales, lo que a la larga le permitió no sólo sobrevivir sino acrecentar su influencia a través de la conformación de células y franquicias locales y/o regionales, unidas por el vínculo doctrinal, pero con amplia autonomía operativa e integradas a dinámicas revolucionarias particulares. Irak fue un escenario temprano de esa estrategia cuando en octubre de 2004 Abu Musab al-Zarqawi, líder de la Yama'at al-Tawhid wal-Yihad (Comunidad del Monoteísmo y la Yihad) —grupo insurgente compuesto de jordanos, iraquíes y otros árabes sunitas— declaró su lealtad a Osama bin-Laden. Desde entonces, y a pesar de la muerte de Zarqawi en 2006, y de cambiar luego su nombre por el de Estado Islámico de Irak (ISI), la agrupación continuó siendo coloquialmente identificada como Al Qaeda en Irak (AQI), hasta que en 2013 las contradicciones de Abu Bakr al-Baghdadi con la dirigencia central de Al Qaeda pusieron de relieve el enfrentamiento entre dos modelos diferentes de yihadismo (Fuente, 2018).³⁴

En el otro extremo de la geografía regional, el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), agrupación yihadista de origen argelino escindida del Grupo Islámico Armado (GIA) en 1997, declaró su lealtad en 2006 y un año después se convirtió en Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI), extendiendo sus operaciones por el norte de África e incluso en algunos países al sur del Sahara. Dos años más tarde, en 2009, apareció también Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP), como resultado de la coordinación de grupos yihadistas saudíes y yemeníes. De modo que durante la primera década del siglo, Al Qaeda emprendió un proceso de descentralización operativa para contrarrestar la ofensiva antiterrorista de Estados Unidos y sus aliados, que le permitió incluso fortalecer su presencia en diversos países de la región a través de la asociación con grupos yihadistas locales.³⁵

³⁴ FUENTE, I. El terrorismo yihadista en Oriente Medio: Al Qaeda frente al Daesh, en Instituto Español de Estudios Estratégicos, Oriente Medio tras el Califato [Cuadernos de Estrategia 196], Madrid, Ministerio de Defensa, 2018. Consulta en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/ce_196.pdf

³⁵ Aunque el tema rebasa las pretensiones de este trabajo, conviene señalar que la expansión y descentralización de Al Qaeda trasciende los límites del Medio Oriente. En 2014 se constituyó la rama regional más joven de

La segunda coyuntura vino con la llamada Primavera Árabe en 2011. La amplitud de las protestas populares en diversos países de la región generó temporalmente la ilusión de que la corriente reformista y democrática podía ser capaz de precipitar la caída de los regímenes autoritarios y dejar sin base social de apoyo al islamismo radical. Pero ninguna de las dos expectativas logró concretarse. En Libia, Siria y Yemen, donde las protestas degeneraron en guerra civil, la corriente yihadista y el sectarismo religioso encontraron un terreno propicio para afianzarse como actores armados dentro de los escenarios de conflicto. En el resto de los países que sintieron los embates de la Primavera Árabe, el fracaso de la oleada liberal permitió a los grupos islamistas aprovechar en su favor el descontento social causado por la persistencia del autoritarismo y de los problemas económicos estructurales que agobiaban a los sectores mayoritarios de la población, especialmente la juvenil. Las mismas condiciones objetivas que poco antes habían desatado un formidable movimiento democrático a escala regional, paradójicamente contribuyeron también a fortalecer las bases de apoyo de las agrupaciones islamistas. Incluso en Túnez, donde la transición democrática mostró más avances y el islamismo radical tenía menos fuerza, la amnistía general proclamada por el nuevo gobierno devolvió a las calles a cerca de 2500 islamistas acusados de terrorismo, quienes tuvieron un papel primordial en el repunte del yihadismo después de 2011.³⁶

Las revueltas de la Primavera Árabe y la crisis de seguridad generada por ellas, abrieron amplios espacios para la inserción de Al Qaeda dentro de la convulsa dinámica social de los países árabes. En lugares como Egipto y Túnez, la presencia de Al Qaeda tuvo que lidiar con la fuerte influencia política de los Hermanos Musulmanes, de corte islamista más moderado; pero en los escenarios de conflicto armado la injerencia de Al Qaeda creció rápidamente. En Yemen, la Ansar al-Sharia emergió en 2011 como una organización paraguas de varios grupos salafistas encabezados por AQAP, enfrentada tanto a las fuerzas gubernamentales como a las milicias hutíes chiís. En Siria, Al Qaeda también se convirtió muy pronto en un poderoso actor de la guerra civil a través de Jabhat al-Nusra (Frente Al-Nusra), su nueva filial en el país surgida a principios de 2012.

Sin embargo, la estrategia descentralizadora de Al Qaeda también contribuyó a la aparición de su mayor desafío. En 2010 la rama iraquí de Al Qaeda parecía ya seriamente debilitada. Ese año los operativos conjuntos de las fuerzas estadounidenses y gubernamentales lograron aniquilar a muchos de sus militantes, incluyendo a los dos principales líderes, Abu Omar al-Baghdadi y Abu Ayyub al-Masri. Asimismo, la desmesurada violencia de sus acciones y el terror infundido en la población habían mermado drásticamente su base social de apoyo. Pero

la organización terrorista, Al-Qaeda en el Subcontinente Indio (AQIS), cuyas operaciones se extienden por Afganistán, Pakistán, India, Bangladesh y Sri Lanka. La presencia de AQIS ha contribuido significativamente al repunte de las acciones yihadistas en Asia Sur durante los últimos cinco años (The Soufan Center. Al-Qaeda in the Indian Subcontinent: The Nucleus of Jihad in South Asia, enero de 2019. Consulta en: <https://thesoufancenter.org/wp-content/uploads/2019/01/Al-Qaeda-in-the-Indian-Subcontinent-AQIS.pdf>)

³⁶ LOUNNAS, D., The Tunisian Jihad: Between al-Qaeda and ISIS. Middle East Policy, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, pp. 100 y 101.

a finales de 2011, la retirada militar de Estados Unidos de Iraq y el estallido del conflicto en Siria proporcionaron una gran oportunidad para la revitalización del Estado Islámico de Iraq (ISI) bajo la dirección de su nuevo líder Abu Bakr al-Baghdadi. A partir de 2012, el activismo de ISI empezó a ganar fuerza en el norte de Iraq y en Siria, donde bajo su auspicio se constituyó el Frente Al Nusra, cuyo núcleo inicial estuvo compuesto de yihadistas sirios militantes de ISI que regresaron a su país de origen para luchar contra el régimen de Bashar al Asad. Ese origen muy pronto condujo a una contradicción entre la aspiración autonómica del Frente Al Nusra como rama siria de Al Qaeda y la vocación hegemónica de ISI como centro matriz, la cual cobró más intensidad en 2013 con la decisión del segundo de adoptar el nombre de Estado Islámico de Iraq y el Levante (ISIL), que dejaba entrever su intención de ejercer un liderazgo transfronterizo.

El respaldo otorgado al Frente Al Nusra por el sucesor de Osama bin Laden, el egipcio Ayman al Zawahiri, precipitó la ruptura entre Al Qaeda y Abu Bakr al-Baghdadi, cuya visión además difería abiertamente en dos cuestiones claves de la estrategia yihadista (Fuentes, 2018: 198-201).³⁷ En contraste con el objetivo futurista y algo intangible del proyecto político de Al Qaeda, el líder de ISIL aspiraba al control territorial para la proclamación inmediata de un Califato. Asimismo, era ferviente partidario de la imposición rigurosa y violenta de la sharía, actitud que la dirigencia central de Al Qaeda consideraba había demostrado ya sus efectos contraproducentes por restarle apoyo y simpatías en las poblaciones locales. El rompimiento se consumó en 2014, el ISIL redujo su nombre a Estado Islámico como expresión de sus nuevas pretensiones globales y proclamó un Califato que reclamó la obediencia de todos los musulmanes.

La rápida expansión de Estado Islámico por el norte de Iraq y el este de Siria desde mediados de 2014 le granjeó muchas simpatías dentro de la corriente yihadista, lo que favoreció el reclutamiento de jóvenes musulmanes de diversas partes del mundo, incluida Europa, y el reconocimiento de lealtad de varias agrupaciones yihadistas a las que Abu Bakr al-Baghdadi otorgó el título de provincias para recrear simbólicamente la estructura del Califato Omeya de la época de esplendor de la expansión árabe-islámica. Más allá de las controversias doctrinales, la expansión de Estado Islámico conllevó también la confrontación violenta con Al Qaeda en varios escenarios regionales donde tenían presencia y contaban con partidarios, sobre todo en Iraq, Siria, Yemen, Sinaí y Libia. Solo en el caso de Túnez, probablemente, la *fitna* de la corriente yihadista no promovió esa rivalidad, debido quizá a la debilidad de los grupos partidarios de ambas corrientes.³⁸

Hasta 2016 Estado Islámico logró sacar gran ventaja del atractivo de la causa califal y la visibilidad territorial de su poder, factores claves de su vertiginoso ascenso. Pero la dependencia de su autoridad al control de una base territorial constituyó también su principal punto vulnerable. Los ataques aéreos de EE. UU. y sus aliados occidentales, la intervención militar de Rusia, y los combates contra casi todo el espectro de fuerzas terrestres del escenario sirio-iraquí,

³⁷ FUENTE, I., *op. cit.*, pp. 198-201.

³⁸ LOUNNAS, D., *op. cit.*, pp. 106 y 107.

incluyendo a los grupos salafistas rivales, terminó colapsando la capacidad de Estado Islámico para retener sus bases de poder. A finales de 2017 y principios de 2018 cayeron sus últimos reductos importantes y el Califato, como entidad territorial, quedó totalmente derrotado. Por su parte, Al Qaeda parece haber sacado provecho de la situación para robustecer su influencia, especialmente en Siria, donde la Hay'at Tahrir al Sham (HTS), heredera del Frente Al-Nusra, logró convertirse en la principal fuerza rebelde en Idlib, el último bastión de la resistencia armada contra el régimen de Bashar al Asad.

Sin embargo, la derrota territorial de Estado Islámico ha dado paso al comienzo de un proceso de transformación de la organización en una red descentralizada de células yihadistas. Resulta difícil pronosticar si las rivalidades entre Estado Islámico y Al Qaeda persistirán bajo esas nuevas circunstancias o si las estrategias de ambas vuelvan a converger de alguna forma. Lo que parece más evidente es que con su descomposición y el retorno de muchos militantes a sus lugares de origen, la proliferación de pequeños grupos yihadistas, más difíciles de neutralizar, seguirá constituyendo una seria amenaza para la estabilidad y seguridad en los países de Medio Oriente.

CONCLUSIONES

En las últimas dos décadas la estabilidad de Medio Oriente ha enfrentado un grave proceso de deterioro que contrasta con su importancia estratégica como motor energético de la economía mundial. La explicación de esa contradictoria evolución reviste sin duda una gran complejidad por la naturaleza multifactorial del fenómeno y la riqueza de la diversidad regional. A riesgo de caer en la simplificación que siempre entraña cualquier ejercicio de generalización, considero que los aspectos analizados en este trabajo constituyen elementos claves para entender las fuentes generadoras de esa inestabilidad. La idea central que ellos permiten sustentar es que desde los años noventa del siglo pasado, pero sobre todo en lo que va del actual siglo, el orden regional ha sufrido una creciente erosión a causa de los efectos perturbadores de una serie de eventos exógenos y endógenos.

Aunque Estados Unidos acrecentó su influencia y presencia militar en la región después de la guerra del Golfo en 1991, diez años después todavía persistía una franja geopolíticamente no alineada que se extendía desde el Afganistán talibán, al este, hasta los territorios palestinos ocupados por Israel, al oeste, pasando por el gobierno islámico de Irán y los regímenes de Saddam Hussein y Bashar al Asad en Iraq y Siria, respectivamente. Pero esas realidades, indeseables desde la perspectiva de Washington, no constituían una cadena de eslabones articulados, sino que estaban visiblemente fraccionadas y en algún sentido incluso ejercían contrapesos entre sí: talibán sunita versus Irán chií, Irak versus Irán, o Irak versus Siria. La intención de remodelar políticamente la zona después de los atentados del 11/09 cambió sensiblemente ese escenario.

Las intervenciones militares y las presiones democratizadoras arrojadas por la guerra contra el terrorismo contribuyeron a eliminar o socavar los contrapesos

existentes, pero no lograron sustituirlos por nuevos equilibrios relativamente estables. Las transiciones políticas promovidas en Afganistán e Irak, y el mapa de ruta concebido para los territorios palestinos, no tuvieron el efecto transformador deseado y naufragaron dentro de una espiral interminable de violencia, mientras que Siria, y sobre todo Irán, sacaron partido de la nueva coyuntura para evitar el aislamiento y proseguir activos dentro del juego geopolítico regional. En lugar de erigirse en el nuevo modelo de estado árabe democrático, Iraq, punto focal del mundo árabe y colindante con seis países, se convirtió en el epicentro de la lucha contra la hegemonía estadounidense, cuyo impacto alcanzó una trascendencia regional incluso mayor que la del conflicto afgano.

La fallida oleada revolucionaria durante la llamada Primavera Árabe contribuyó a profundizar más los desequilibrios en Medio Oriente debido al inédito nivel de la convulsión social, al resquebrajamiento de las estructuras institucionales y de seguridad, a la actitud represiva de los gobiernos autoritarios, a la radicalización y virulencia de la arena política y, principalmente, a la aparición de nuevos grandes focos de inestabilidad regional por el estallido de las guerras civiles en Libia, Yemen y, sobre todo, en Siria, ya que esta última vino a potenciar el núcleo subversivo desatado antes por la crisis iraquí en pleno corazón del Medio Oriente.

Pese a sus particularidades, todos los escenarios de conflicto comparten cuando menos cuatro rasgos comunes que, en diferentes formas y grados, han determinado su alto nivel de beligerancia, así como su durabilidad y capacidad para trastornar el orden regional. Primero, la abierta injerencia de actores externos globales y regionales, ya sea mediante la alianza y respaldo a las fuerzas contendientes o a través de la intervención militar directa, como los casos de EE.UU., Rusia e Irán, en Siria, y de Arabia Saudita en Yemen. Desde el punto de vista político y diplomático, la multiplicidad de intereses obstaculiza la viabilidad de las negociaciones de paz, mientras que en el plano militar coadyuvan a la prolongación indefinida de las hostilidades al preservar la beligerancia y los equilibrios de fuerza. Segundo, y en relación con el anterior, la marcada influencia de la lógica sectaria en los alineamientos geopolíticos, que utiliza los escenarios de conflicto como piezas en el tablero de las disputas entre Arabia Saudita e Irán por la hegemonía regional. Tercero, el elevado costo en vidas civiles y la escalada de crisis humanitarias de terribles proporciones, que ponen en situación de riesgo a amplios sectores de la población, provocan desplazamientos internos masivos y generan temores en los países vecinos ante el constante alud de refugiados que desborda sus fronteras. Y, por último, la rápida islamización de los teatros de operaciones y el relevante peso ideológico y militar de la corriente yihadista encabezada por Al Qaeda y Estado Islámico, quien por cerca de tres años protagonizó un desafío inédito en la historia del yihadismo contemporáneo, cuyo capital simbólico probablemente seguirá jugando en su favor por algún tiempo más a pesar de la derrota territorial del Califato.

BIBLIOGRAFÍA

- ABUSHOUK, A. I., The Arab Spring: A Fourth Wave of Democratization? *Digest of Middle East Studies*, vol. 25, no. 1, primavera de 2016, pp. 52-69. Consulta en: <https://doi.org/10.1111/dome.12080>
- ALLISON, R., Russia and Syria: explaining alignment with a regime in crisis. *International Affairs*, vol. 89, no. 4, julio de 2013, pp. 795-823.
- BAHGAT, G., Iran's Ballistic-Missile and Space Program: An Assessment. *Middle East Policy*, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, pp. 31-48.
- Banco Mundial. *Datos de libre acceso del Banco Mundial*, 2019. Consulta en: <https://datos.bancomundial.org/indicador/MS.MIL.XPND.GD.ZS?view=chart>.
- BATTALOGU, C., y FARASIM, F. (2017). From Democratization to Securitization: Post-Arab Spring Political Order in the Middle East. *Digest of Middle East Studies*, vol. 26, no. 2, otoño de 2017, pp. 299-319.
- BP Statistical Review of World Energy, 2019. Consulta en: <https://www.bp.com/content/dam/bp/business-sites/en/global/corporate/pdfs/energy-economics/statistical-review/bp-stats-review-2019-full-report.pdf>.
- FREEMAN, C. W., The Collapse of Order in the Middle East. *Middle East Policy*, vol. 21, no. 4, invierno de 2014, pp. 61-68.
- FUENTE, I. El terrorismo yihadista en Oriente Medio: Al Qaeda frente al Dáesh, en Instituto Español de Estudios Estratégicos, *Oriente Medio tras el Califato* [Cuadernos de Estrategia 196], Madrid, Ministerio de Defensa, 2018. Consulta en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/ce_196.pdf
- Global Firepower. *2019 Military Strength Ranking*. Consulta en: <https://www.globalfirepower.com/countries-listing.asp>
- GORDON, P. H.; DORAN, M., y ALTERMAN, J. B. The Trump Administration's Middle East Policy: A Mid-Term Assessment. *Middle East Policy*, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, pp. 5-30.
- JETT, D., U.S. Security Assistance in the Middle East: Helping Friends or Creating Enemies? *Middle East Policy*, vol. 18, no. 1, primavera de 2011, pp. 78-88.
- LOUNNAS, D., The Tunisian Jihad: Between al-Qaeda and ISIS. *Middle East Policy*, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, pp. 97-116.
- MESA, L. Israel y el conflicto en Siria. De la "ambigüedad estratégica" a los ataques militares puntuales, en CONDE, Gilberto (coord.), *Siria en el torbellino: insurrecciones, guerras y geopolítica*. Ciudad de México, El Colegio de México, 2017, pp. 275-314.
- MUTHIAH, M., y BERNÁDEZ, S., *Estadísticas Comerciales Irán*. Oficina Económica y Comercial de la Embajada de España en Teherán, 2014. Consulta en: <http://www3.icex.es/icex/cma/contentTypes/common/records/mostrarDocumento/?doc=4748832>.
- OZTIG, L. I. (2019). Syria and Turkey: Border-Security Priorities. *Middle East Policy*, vol. 26, no. 1, primavera de 2019, pp. 117-126.

- RØRBÆK, L. Religion, Political Power, and the ‘Sectarian Surge’: Middle Eastern Identity Politics in Comparative Perspective. *Studies in Ethnicity and Nationalism*, vol. 19, no. 1, abril de 2019, pp. 23-40.
- Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), *SIPRI Yearbook 2018. Armaments, Disarmament and International Security*. Consulta en: https://www.sipri.org/sites/default/files/2018-06/yb_18_summary_en_0.pdf.
- SIPRI. *SIPRI Yearbook 2019. Armaments, Disarmament and International Security*. Consulta en: https://www.sipri.org/sites/default/files/2019-06/yb19_summary_eng_1.pdf.
- The Soufan Center. *Al-Qaeda in the Indian Subcontinent: The Nucleus of Jihad in South Asia*, enero de 2019. Consulta en: <https://thesoufancenter.org/wp-content/uploads/2019/01/Al-Qaeda-in-the-Indian-Subcontinent-AQIS.pdf>.
- United States Department of State, *Country Reports on Terrorism 2017*, septiembre de 2018. Consulta en: https://www.state.gov/wp-content/uploads/2019/04/crt_2017.pdf.
- U.S. Energy Information Administration (EIA), *World Oil Transit Chokepoints*, julio 25 de 2017. Consulta en: https://www.eia.gov/beta/international/analysis_includes/special_topics/World_Oil_Transit_Chokepoints/wotc.pdf.
- VALBJØRN, M., What’s so Sectarian about Sectarian Politics? Identity Politics and authoritarianism in a New Middle East. *Studies in Ethnicity and Nationalism*, vol. 19, no. 1, abril de 2019, pp. 127-149.
- WALLIN, M., *U.S. Military Bases and Facilities in the Middle East*. Washington: American Security Project, junio de 2018. Consulta en: <https://www.americansecurityproject.org/wp-content/uploads/2018/06/Ref-0213-US-Military-Bases-and-Facilities-Middle-East.pdf>.